

La verdad como compromiso

Francisco José García Lozano

Facultad de Teología. Granada
E-mail: franciscojgl@hotmail.com

La flamante ganadora en la categoría de Mejor Película en los premios *Oscar* de la Academia Americana, *Spotlight*, no solo devuelve cierto lustre hacia la labor del periodismo, sino que recupera para la sociedad la importancia cultural de la figura del periodista. El periodismo y la ficción siempre han estado ligados de alguna manera. Unas veces, por la simple correlación de géneros literarios; otras veces, por el simple trasvase de la realidad. Lo cierto es que la última película de Thomas McCarthy, es una magnífica película que recupera cierta idea de cine pasado, la del periodismo como un servicio público fundamental.

La sección "Spotlight" del periódico *The Boston Globe* estaba formada por un grupo de periodistas expertos en hacer reportajes en profundidad, entre ellos, el veterano Walter Robinson (Michael Keaton), el tenaz Michael (Mark Ruffalo) y la joven Sacha (Rachel McAdams). Ante la llegada del nuevo director, Marty

Baron (Liev Schreiber), buscan un caso de peso, poniendo a los mejores de sus periodistas al frente. Es el año 2002, se trata de un periódico de los de antes, y lo que comienza con un proyecto de artículo sobre casos de pederastia se convierte en una minuciosa investigación por parte de este equipo de periodistas.

Películas como *Luna nueva* (1940), *Primera Plana* (1974) o *Todos los hombres del presidente* (1976) han descrito el oficio como una efigie no muy distinta de los superhéroes, anhelo de unos valores superiores que, en ocasiones, no se correspondía del todo con la realidad. Aunque comparte discurso, el periodismo de investigación como elemento transformador de la sociedad, y un desarrollo similar, *Spotlight* nunca llega a los límites formales de la popular metáfora de Alan J. Pakula. Los periodistas de *The Boston Globe* emprenderán también su cruzada encontrando una senda plagada de obstáculos. Para probar su investigación, tendrán que ras-

trear archivos, entrevistar víctimas, contrastar testimonios y luchar contra el secretismo de la Iglesia. Fue un caso que llegó a las portadas de toda la prensa internacional y que sacudió a toda la estructura eclesial, por ser el mayor escándalo de pedofilia dentro de ella. Desde entonces, en Estados Unidos y en muchos países de todo el mundo, se han destacado casos similares de abusos. El *Boston Globe* ganó en 2003 el Premio Pulitzer al servicio público por sacar a la luz una amplia trama de encubrimiento de casos de pederastia en la archidiócesis de Boston.

Hasta ahora, la carrera del director Tom McCarthy se había mantenido en unos márgenes concretos dentro del cine americano. Películas como *The Visitor*, *Vidas cruzadas* o *Win/Win (Ganamos todos)*, demostraban un cierto autor preocupado por pequeñas historias de personajes complejos cuyas vidas y miradas hacia el mundo cambiaban tras inesperados encuentros. Un director de estilo modesto e invisible que nunca, por nada del mundo, se coloca por encima del guión y de los actores, sino a su servicio, y cuando, como en este caso, la historia y los actores son fabulosos, tenemos una película sobresaliente como esta. Su convencio-

nalismo narrativo no es ni mucho menos un defecto; al contrario, permite metodizar la historia en función de la investigación y, destacando el ágil montaje de Tom McArdle, crear una inercia que aleja a la película del peligroso abismo del aburrimiento, riesgo que corre por su vocación objetiva al eliminar toda indagación en la vida personal de las víctimas. Igualmente sería injusto obviar que McCarthy también tiene tiempo de mostrarnos cómo afectan los sucesivos descubrimientos a los principales protagonistas. Desde el entusiasmo inicial por haber dado con un tema tan importante, pasando por el desconcierto cuando descubren que es todo mucho más grande de lo que parecía en un principio y concluyendo en cómo les afecta el hallazgo a nivel personal, ya sea por su relación con la iglesia o desde su posición como periodistas. Eso sí, *Spotlight* no busca nunca el sentimentalismo barato en este punto –huye del sensacionalismo y del amarillismo–, pues es cierto que añade algo de corazón a un relato muy cerebral, pero lo hace respetando esa búsqueda de la objetividad. Para evitar polémicas innecesarias el mismo director reconoce: “Me críe en un ambiente católico, así que entiendo muy bien a la institución y siento gran respeto y admiración por ella”.

A lo que añade: “Esta historia no trata de despotricar contra la Iglesia. Trata de preguntar: ¿Cómo pudo suceder algo así?”.

Estamos ante una exposición capital acerca de la figura del periodista y de la búsqueda de la verdad. En otros términos, se trata de cómo el trabajo en equipo funciona para acabar con las injusticias. En cierto sentido, es la cara luminosa de películas más tétricas y críticas como la también excelente *Nightcrawler* (2014) de Dan Gilroy. No hay inquina hacia la Iglesia Católica, no hay motivaciones personales en los periodistas implicados (más allá de que obviamente a medida que tiran del hilo comprueban que la red institucional que ha permitido que todo eso siga oculto les lleva rozando desde hace años) y, sobre todo, no hay sensacionalismo, sino una reivindicación del trabajo bien hecho. El buen periodismo a veces y cuando está bien capitaneado, puede ser productivo para la sociedad exorcizándola de tales lacras. El mismo diario del Vaticano, *L'Osservatore romano*, en palabras de Lucetta Scaraffia, ha reconocido la película como “emocionante” y “no anticatólica” porque “da voz al horror y al dolor profundo de los fieles”.

En efecto, la película se centra fundamentalmente en el trabajo

del periodismo de investigación y la relevancia del proceso en sí (reuniones editoriales, búsqueda de fuentes, contraste de datos), que siempre es apasionante, como al efecto que tiene sobre los reporteros la información que van destapando. En este punto la película entusiasma cuando esboza los conflictos morales de los protagonistas, muchos de ellos católicos, una vez que su fe choca con la ética y la moral. Su indagación es una balanza entre el profesionalismo y la creencia. Esto se manifiesta con Sacha Pfeiffer y Michael Rezendes. Ambos son insistentes y determinados con las entrevistas que realizan. Y a través de sus ojos vemos la indignación que sienten por lo que descubren.

La honestidad de lo narrado es palpable al hacer hincapié, en palabras del abogado de las víctimas, en la responsabilidad de toda la sociedad de lo ocurrido: “Se necesita todo un pueblo para educar a un niño, pero también todo un pueblo para abusar de él”, dice Mitch Garabedian (Stanley Tucci) al reportero Michael Rezendes (Mark Ruffalo), resumiendo en esa frase lapidaria el oscuro juego de lealtades que corroe a la sociedad. La neutralidad queda patente en la denuncia, por parte del nuevo editor general del periódico, y en la respon-

sabilidad de los periodistas al dejar pasar los primeros indicios de lo sucedido cinco años antes, sin que hicieran nada, quedando sepultados en los archivos de investigación del propio diario. El director no quiere aclararlo, y lo deja a opinión del espectador y, seguramente, aún a la de los propios protagonistas: ¿Por qué no se investigó? Por miedo a las represalias, por pertenecer a la comunidad religiosa, por saber que se iban a conocer trapos sucios de personas allegadas.

Spotlight es una cinta necesaria, de compromiso, tanto por su temática como por su conjunto, demostrando que el cine se nutre de buenas historias, con un poso social e histórico, así como de excelentes actuaciones. ■

Película: Spotlight.

Dirección: Tom McCarthy.

País: USA.

Año: 2015.

Duración: 128 min.

Género: Drama, periodismo, religión, abusos sexuales, basado en hechos reales.

Reparto: Mark Ruffalo, Michael Keaton, Rachel McAdams, Liev Schreiber, Stanley Tucci, John Slattery.

Guión: Tom McCarthy y Josh Singer.

Música: Howard Shore.

Web oficial:

<http://SpotlightTheFilm.com>